

cia en la guerra turcogrega (1897), la pèrdua de les colònies ultramarines espanyoles de Cuba i Filipines (1898); i, de forma molt especial per a Rubió i Lluch, el consolat general de Grècia a Barcelona, que fou responsabilitat seva durant un parell de dècades des del seu nomenament pel rei Jordi I de Grècia el 15 de febrer de 1903, tot i que no va ser efectiu fins a rebre l'exequàtur del rei Alfons XIII el 13 d'agost següent. Per cloure, l'epistolari ofereix, com és lògic, nombroses dades biogràfiques sobre Antoni Rubió i Lluch. Algunes eren inèdites fins ara i d'altres ajuden a precisar episodis ja coneguts, com ara els detalls del primer viatge a Grècia, malauradament destorbat per una malaltia ocular. Sortosament, els altres dos viatges posteriors li permeteren rescabalar-se'n.

Les escasses imprecisions observades —fàcilment reparables pel lector atent— no desmereixen en absolut el valor global d'aquesta magna obra, que representa un pas més cap a la bona edició d'epistolaris, especialment els plurilingües. Com deia al començament, m'omple de satisfacció poder afirmar que aquesta correspondència grega de Rubió i Lluch està a l'alçada del personatge i ofereix un resultat altament digne de la cultura hel·lenística del nostre país, que ell va impulsar i conrear amb tanta tenacitat. Així ho podem llegir un segle després gràcies a l'excel·lent tasca de selecció, traducció i anotació d'aquesta nova contribució a i de l'il·luminatiu gènere epistolari.

Joan JULIÀ-MUNÉ  
Universitat de Lleida

GARCÍA MOUTON, Pilar / GRIJELMO, Àlex (2011): *Palabras moribundas*. Madrid: Taurus, 385 pp.<sup>5</sup>

*Particular* es un buen predicado para *Palabras moribundas*. Pues, el libro, como los autores avanzan en la introducción, no es un diccionario. Tampoco, un ensayo ni una colección de artículos; menos aún, un manual. Podríamos afirmar que se trata de una muestra, o de un acopio de ellas, que dan fe de la dinamicidad del léxico español. En efecto, en su origen testimonial radica el genio de la publicación. *Palabras moribundas* hunde sus raíces en el programa de radio *No es un día cualquiera*, presentado por Pepa Fernández, y es homónimo de una sección de esta transmisión a cargo inicialmente del periodista Àlex Grijelmo, autor de trabajos de temática similar como *Defensa apasionada del idioma español* (1998) o *La punta de la lengua* (2004), y posteriormente de la filóloga Pilar García Mouton, directora de la *Revista de Filología Española*, y cuya producción cuenta con grandes obras como el *Atlas lingüístico (y etnográfico) de Castilla-La Mancha* (2003)<sup>6</sup>, además de numerosos trabajos en el ámbito de la Dialectología y de la Geolingüística.

En la introducción (pp. 11-19) se habla del programa de radio, en el cual se recurre a la audiencia para comprobar la vitalidad de términos que parecen estar en desuso, y de la respuesta de los oyentes se extraen conclusiones acerca de las palabras propuestas. Es por ello por lo que los autores reivindican el carácter popular del libro como un aspecto muy positivo, ya que es una representación fiel de la lengua viva. La audiencia estimada de la emisión, que continúa en antena en marzo de 2012, es de un millón de oyentes, conque la muestra analizada no es cosa *baladí*. Teniendo en cuenta que las palabras en cuestión fueron propuestas para debate entre 2004 y 2007 (p. 14), y que la primera edición aparece a finales de 2011, podemos concluir que hay un trabajo filológico relevante sobre las aportaciones que hace las veces de cedazo y asegura una selección minuciosa de la información provista por la audiencia. Además, se destaca el trabajo que implica la adaptación al formato de libro debido al cambio de soporte, que, de auditivo, pasa a ser visual.

Los creadores, en la cubierta posterior, parangonan su obra con un álbum de fotos. Es esta una metáfora de lo más acertada para definir el libro, ya que admite una doble lectura. La primera, por la que

5. La presente reseña fue redactada como ejercicio de la asignatura *Història dels mots*, impartida en la Universidad de Barcelona por el profesor José Enrique Gargallo Gil, a quien deseo agradecer la motivación y las ganas de trabajar que consigue transmitir en sus clases.

6. Obra codirigida por Pilar García Mouton y Francisco Moreno Fernández.

optarán unos pocos, es leerse el libro de cabo a cabo, y la segunda, hojearlo, gulumear o *golismear* el índice, ver qué palabras nos llaman la atención y acudir a ellas. Como sucede cuando se desentieran las reliquias gráficas familiares, los recuerdos evocados por el texto no tardarán en llegar al lector. Y es que no faltan referencias a grandes figuras como el humorista gráfico Ibáñez, o a las risas que muchos nos hemos echado con Carpanta o los hermanos Zipi y Zape; a palabras como *chisgarabís* y *zascandil*, que nos recuerdan a Menchu refunfuñando delante del difunto Mario en la obra de Miguel Delibes; refranes y dichos populares que oímos algún día a nuestros abuelos; y música para todos los gustos, desde Serrat hasta Extremoduro o Siniestro Total. Da lugar, pues, a una experiencia lectora personalizada, que a cada uno le refrescará momentos pasados, lugares de la infancia, aromas, sabores..., e incluso alguna bronca que nos hemos llevado siendo niños, como sin duda sucederá al descubrir lo que es un *moquete*.

El libro se compone de 160 entradas que, como se ha dicho, previamente han sido objeto de discusión en el programa de radio. Están presentadas por orden alfabético y, en principio, los autores no han seguido ningún criterio ulterior para clasificarlas; tampoco queremos decir que ello sea necesario. No obstante, en líneas generales podemos dividir las según su supervivencia en la actualidad. En primer lugar, hay términos que se refugian en el *halda* de variedades dialectales: sería el caso de *antruejo*, *borceguí*, *chinela*, *laminero*, *soconusco* o *zorrocloco*. En segundo lugar, algunas palabras las encontramos en el vocabulario de las generaciones mayores; entre ellas, *albricias*, *de braceo*, *encocorar*, *guateque*, *perras*, *sandío* o *tarambana*. En tercer lugar, podríamos hablar de vocablos que están moribundos porque las realidades que representaban ya no tienen lugar en la vida de hoy; así, *badil*, *coloniales*, *cosario*, *fresquera*, *plexiglás*, *tomavistas* o *traperero*, que designan tanto objetos como profesiones o lugares. Finalmente, hay ciertos instrumentos que solo son frecuentes en determinados gremios, valga por *acerico*, *batidor*, *pisaverde*, y verbos como *rasurar*<sup>1</sup>. Al margen de estas agrupaciones, hay voces que llaman la atención por varios motivos: es curioso dar con palabras que van ampliando su alcance semántico, como *azafata*<sup>2</sup>, que pasó de designar un objeto a referirse a la persona que lo utilizaba; otras estuvieron moribundas y parecen estar resucitando, como *pizarrín*; algunas descubren significados nuevos de una palabra ya conocida, como *mancar* y *apañar*; y, por último, algunas palabras, pese a estar moribundas en español, gozan de gran vitalidad en otras lenguas peninsulares, como *jaraíz* y *encetar*, poco usadas en castellano pero corrientes en catalán (*safareig* y *encetar*). Y, hablando de otras lenguas, sorprende el número de arabismos que han dejado de usarse en favor de sus contendientes románicos, como ocurre con *aljofifa*, *fanega* o *mandil*.

Aunque, como hemos dicho, las entradas son 160, hay muchas más palabras agonizantes que se van descubriendo a medida que pasamos las páginas, de modo que para captarlas todas es necesaria una lectura concienzuda de la obra. No solo proporciona este adentramiento nuevas palabras, sino que las relaciona entre sí. Por poner un ejemplo, en la voz *petimetre* se relaciona el término con *pisaverde*, que aparece posteriormente con entrada propia; pero también se brinda el uso de *lechuguino* como sinónimo, que no la tiene. Así, con algo de nostalgia se descubre que *banzones* y *bolindres* son sinónimos de *canicas*. También hay que tener en cuenta las variantes que se ofrecen respecto de un mismo término: *majareta*, *majara* y *majarón*; *indino* y *endino*. Todos estos suplementos están recogidos y es fácil acceder a ellos gracias a un índice que se adjunta en los apéndices (373-385), en el que se destacan en letra negrita las palabras con entrada propia y que, en conjunto con las demás, suman un total de 740 términos. Asimismo, en estas últimas páginas se encuentra el agradecimiento a algunos de los informadores de *No es un día cualquiera* (pp. 359-372).

Sería bueno advertir a los *superferolíticos* y a las *marisabidillas* que juzguen el libro solamente después de haberlo trabajado. Y es que el título, quizá, puede resultar engañoso. Hay que tener en mente que este se refiere al uso y, por ende, a la presencia, de los términos en el lenguaje del día a día. Además, las

1. Pese a que consideramos esta clasificación adecuada, no hay unas fronteras claras entre los apartados: *chinela*, por ejemplo, ha dejado de usarse en España, por lo que en perspectiva ibérica la inseriríamos en el segundo grupo, mientras que en Argentina es un término común, conque lo calificaríamos de argentinismo.

2. *Azafata* aparece no como entrada propia, sino que abre la introducción en el apartado «La idea de resucitar palabras» (pp. 11-13).

voces recopiladas bajo el epíteto *Palabras moribundas* no siempre lo están. Así, a primera vista sorprende encontrar en una obra dedicada a palabras «raras» *enagua* o *plumier* al lado de *maquila* o *talabartero*. Sin embargo, el veredicto de las propuestas a menudo termina con la conclusión de que las palabras no están realmente en desuso. De esta manera, los autores aprovechan para sugerir a la Academia que se adjunten o eliminen marcas de «poco usado» o «desusado» a las entradas del Diccionario. Lo mismo sucede con los dialectalismos, ya que, en ocasiones, el uso de los términos parece estar limitado a variedades geográficas específicas, como es el caso, por ejemplo, de *alcaucil*, *dulcería* o *fetén*, mucho más corrientes en América que en España, y a las que recomiendan adjuntar un marcador toponímico.

Entrando en la metodología de la obra, podemos calificarla de caleidoscópica, que de hecho es la realidad de la lengua española: un reflejo de la multiplicidad de matices que tiene el idioma en cada región. Por una parte, se presenta la selección de los testimonios más importantes aportados por una audiencia que presenta un abanico de variedades tanto diatópicas, como diastráticas y diafásicas. Por otra, se acude a datos científicos de obras de referencia en Filología Hispánica, como son las varias publicaciones de la Real Academia Española y otros fundamentos como el *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico* de Joan Coromines y José Antonio Pascual o el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias. Con estos cimientos se apuntala la obra, un puente entre la lengua de los hablantes de a pie y la norma académica. El trabajo lexicográfico que contiene resulta, pues, indiscutible, con un estudio comparativo entre entradas del *DRAE* y el *Diccionario de uso del español* de María Moliner, de los trabajos etimológicos ya citados y de otros como el *Diccionario de arabisismos y voces afines en iberorromance* de Federico Corriente. Cabe decir que, pese a recoger aquí las obras que gozan de más autoridad, la bibliografía (pp. 355-358) es de carácter muy variopinto: engloba títulos como el *Diccionario de nombres vernáculos de aves* de Francisco Bernis o *El gran libro de los insultos* de Pancracio Celdrán Gomáriz, al lado de otras obras de fuera del ámbito hispánico, como el *Diccionari català-valencià-balear* de Alcover y Moll. Con todos estos materiales, populares y académicos, se proporciona a las entradas un enfoque tanto sincrónico como diacrónico: recogen usos de una y otra orillas del Atlántico; en boca de todos los estratos sociales, del *dandi* y del *adán*; así como usos de ayer, usos de hoy, y usos que, quizá, vendrán mañana.

Un aspecto reseñable en esta obra debería ser el público a quien va dirigida. Es una lectura para todos: cualquier persona que tenga inquietud por conocer mejor la lengua española la disfrutará sin duda. Esto hace que, pese a la carga de trabajo filológico que indiscutiblemente encierra *Palabras moribundas*, no se trate de un libro de biblioteca. Admite lectores inexpertos, y así, no tiene tapujos a la hora de esclarecer nociones de lingüística que otros autores pensarían que incluso los neófitos deben conocer, como se aprecia, por ejemplo, al introducir el tecnicismo *hipocorístico* (p. 121) acompañado de su correspondiente explicación. El tono siempre expositivo que se observa ya en otras obras de García Mouton ayuda a asimilar el contenido sin que nadie tenga que sentirse acomplejado o escaso de razón.

Para valorar una publicación, es fundamental tener en cuenta sus objetivos. García Mouton y Grijelmo dejan clara su intención en la cubierta posterior de *Palabras moribundas*: «Lo que pretende este libro es que esas palabras no mueran, y que al menos revivan en la memoria de miles de lectores». Es decir, que pretenden concienciar al lector de lo bella que es la riqueza lingüística. Es muy enriquecedor el hecho de que el libro invite a la interacción: el público puede corroborar las explicaciones con sus conocidos de aquí y acullá, y después de leerlo andar con los oídos bien atentos. Sin duda conseguirán lo que se proponen, o cuanto menos que cada lector apadrine unas pocas palabras moribundas y entre todos recuperemos un léxico que recoge la historia de esta lengua rebosante de matices multiculturales que, día tras día, sigue expandiéndose<sup>3</sup>.

Jaume VIDAL CRESPO  
Universitat de Barcelona

3. Como suele ocurrir, se han filtrado algunos errores de redacción que convendría revisar. Ponemos como ejemplo la vacilación en el uso de *deber* y *deber de*, como se refleja en (página, párrafo, número) 237, 1, 21, [...] *pero*